

RESEÑAS DE LIBROS

BOOKS REVIEWS



PEÑA, Lorenzo

Estudios Republicanos: Contribución a la filosofía política y jurídica

México/Madrid: Plaza y Valdés Editores, Abril 2009

ISBN: 978-84-96780-53-8

Páginas: 460. PVP: 24,50 euros

El último libro de Lorenzo Peña confirma su viraje disciplinario hacia la filosofía jurídica, área en la que se viene desarrollando casi toda su producción intelectual de los últimos años, con un buen ramillete de trabajos, muchos de ellos coautorados con Txetxu Ausín.

Este libro da un paso más en este cambio de orientación temática, ya que es un texto de filosofía no sólo jurídica sino también política. En él se presenta una discusión de la corriente del republicanismo cívico representada por Philip Pettit, frente a la que el autor nos propone un republicanismo de cuño totalmente distinto, que no se inspira para nada en la tradición anglosajona (a pesar de la bien conocida adscripción de Peña a la filosofía analítica), sino más bien en tradiciones latinas, como la del republicanismo radical francés, el solidarismo de León Duguit y la escuela del servicio público así como la propia tradición del pensamiento liberal y republicano español, principalmente la corriente krausista de Francisco Giner de los Ríos que indirectamente influyó en la Constitución de la II República, esta República de Trabajadores de toda clase que Peña toma ahora como modelo para un futuro diseño del Estado español.

El libro se divide en tres partes absolutamente desiguales: la primera acerca de

la República como valor ético y jurídico; la segunda acerca de los deberes y derechos humanos; la tercera, titulada "Hacia una República universal", formula unos planteamientos sobre temas de relaciones internacionales, siempre ligados a la defensa de los derechos fundamentales del individuo.

En esta reseña voy a dejar de lado todo lo relativo al encuadramiento macro-político y filosófico, que ocupa los capítulos 0 (introdutorio), 1 (el valor de la hermandad en el ideario republicano radical), 2 (vigencia de la constitución republicana de 1931), 3 (el poder moderador en la monarquía y en la república), 4 (la memoria republicana como elemento de la conciencia nacional), 5 (un nuevo modelo de república: la democracia justificativa, quizá el más original y provocativo, con una audaz propuesta que hoy por hoy no encontrará muchos adeptos) y 6 (los valores republicanos frente a las leyes de la economía política). O sea, dejo de lado toda la Parte I, aunque la misma ocupa más de la mitad del libro. Voy a concentrarme en su tratamiento de los derechos humanos, que es el tema, no sólo de la Parte II sino en realidad también, en buena medida, de la Parte III.

El capítulo 7 ofrece una defensa de los derechos positivos o de bienestar, con un

argumento que no figuraba en su estudio precedente sobre la cuestión (*Los derechos positivos: Las demandas justas de acciones y prestaciones*, de Peña y Ausín [con la colaboración de otros autores], Plaza y Valdés, 2006). El argumento nuevo es el rechazo de la teoría del pacto social que está en la base de las concepciones individualistas, desde Hobbes, Locke y Rousseau hasta Rawls y Nozick, en las cuales se entiende una primacía ontológica del individuo respecto a la sociedad formada, imaginariamente, por una concertación de voluntades individuales, la que dejaría a salvo los derechos negativos o de libertad –siendo ya discutible qué cláusulas de participación en el bienestar ajeno podría contener (Rawls, p. ej., da cabida a un cierto acuerdo de cláusula redistributiva en este pacto social)–. Siguiendo a Aristóteles y a toda la tradición premoderna, Peña concibe al ser humano como naturalmente social y demuestra que el propio escenario de tal pacto es un sinsentido, porque no se puede describir de modo inteligible. En su visión, el hombre siempre está inserto en una colectividad, una *res publica*, en la que los esfuerzos para lograr el bienestar son colectivos, existiendo, correlativamente, un deber de colaborar para este bien común y un derecho de beneficiarse del mismo, en lo que se fundan los derechos positivos. Este beneficio se canaliza a través del servicio público, esta

aportación del republicanismo solidarista francés tan poco presente en las corrientes anglosajonas.

También hacen aportaciones inéditas los capítulos 8 (las libertades asociativa e ideológica en un planteamiento republicano) y 9 (tolerancia e instrucción: el derecho a pensar mal). El republicanismo de Peña se nos presenta como un enfoque genuinamente liberal, con un marcado empeño en proponer un ensanchamiento de las libertades de asociación y de pensamiento (entendida ésta como la libertad de vivir según los dictados de la conciencia, de la que deberían disfrutar no sólo los individuos sino también las comunidades ideológicas). Peña analiza la legislación española sobre estas materias y señala una serie de deficiencias: falta una ley general de libertad ideológica; se aplica restrictivamente la ley de libertad religiosa de 1980 (excluyendo a confesiones disidentes calificadas de sectas); es muy restrictiva la ley orgánica 1/2002 reguladora del derecho de asociación (que impone un modelo democrático de organización, con lo que impide que por esta vía alcancen su personalidad jurídica las comunidades carismáticas). Con relación a la tolerancia, Peña también manifiesta sus tesis liberales, criticando la tesis ciudadanista de una educación en virtudes obligatorias, que implica, según él, una transmisión forzosa de valoraciones, basada en el punto de vista, que rechaza, de que la tolerancia es para los tolerantes. A su modo de ver, libertad hay en la medida en que gozan de ella sus partidarios y sus adversarios y las virtudes han de proponerse, no imponerse.

Los últimos capítulos del libro perfilan una defensa de los derechos humanos, especialmente los de bienestar, en el escenario de la globalización, que Peña defiende aunque preconizando una orientación de

la misma que recoja las reivindicaciones de reparación al tercer mundo por los pasados daños de la esclavitud y del colonialismo. Lo que aquí se delinea es un derecho a la igualdad social en el plano universal. El derecho a la paz se elabora en el capítulo 11, en el que se analiza el concepto de guerra punitiva, ejemplificada por algunas campañas militares de años recientes, enjuiciándose muy negativamente el papel de la ONU y criticándose las disposiciones de la Carta y todavía más su aplicación, a través del ejercicio del derecho de veto de las grandes potencias.

Dentro de este transfondo se perfila el capítulo 10 con un mensaje de mayor calado filosófico. En él se aborda el problema de si la cultura jurídica de los derechos humanos es una creación singular propia del occidente o si en ella desemboca inexorablemente la evolución de todas las culturas jurídicas por una exigencia intrínseca de la racionalización normativa que, de un modo u otro, está acarreada por las diversas civilizaciones, que convergen así en una civilización universal en la que se reconocen los derechos humanos. Esta segunda es la opción fervientemente abrazada por Lorenzo Peña, quien, a tal efecto, nos propone su filosofía del derecho universal inspirada en la filosofía de la historia universal de Hegel. Peña rechaza dos enfoques aparentemente contrapuestos: el del choque de civilizaciones de Samuel Huntington y Giovanni Sartori, con su exaltación de la superioridad de la nuestra, a la que las demás deberían plegarse; y el de Immanuel M. Wallerstein, que, frente al universalismo europeo centrado en los derechos del hombre, abogaría por un universalismo alternativo, genuinamente universal, que congregaría aportaciones de todas las culturas, postura que Peña asocia a las del postcolonialismo, subalternismo y corrientes afines inspiradas en la *French Theory*. Frente a los unos y los otros su

tesis es que la cultura de los derechos del hombre no es un patrimonio de la civilización occidental o europea por el mero hecho de que las formulaciones modernas hayan surgido primero cerca de las costas noratlánticas, como tampoco forman un patrimonio occidental los modernos avances de la técnica.

Está claro que este libro de Peña tiene varios méritos: hace aportaciones propias al debate, con rigor y claridad; sabe explotar a fondo su propia orientación lógico-filosófica, sacando de ella muchas consecuencias políticamente interesantes; defiende con valentía unos puntos de vista totalmente minoritarios, algunos de ellos no compartidos probablemente por nadie más.

No está sin embargo exento de defectos. La bibliografía de algunos capítulos es sumaria y su selección controvertible. No siempre los trabajos citados se han discutido en el cuerpo del texto, mientras que, al revés, a veces los que sí se discuten luego no figuran en la bibliografía (hay capítulos sin bibliografía). El libro no consigue del todo dejar de ser una colección de ensayos, puesto que los diferentes capítulos no están homogeneizados ni suficientemente enlazados entre sí. El enorme esmero de la redacción y el característico virtuosismo estilístico del autor a veces dan una impresión de artificiosidad o manierismo. Es de lamentar que no contenga un índice de materias ni uno de autores así como tampoco resúmenes del contenido de los capítulos. Por último se echan en falta conclusiones.

Estos defectos no disminuyen el valor de un libro que es una gran aportación a la fundamentación filosófica de los derechos humanos.

Por Honorina Gutiérrez Méndez

AGULLÓ Y COBO, Mercedes

A vueltas con el autor del LAZARILLO.

Con el testamento y el inventario de bienes de Don Diego Hurtado de Mendoza

Madrid: Calambur, 2010, 144 pp.

(Biblioteca LITTERAE, 21)

¿Qué es más importante, la obra o su autor? Obviamente la obra. Por otra parte, el anonimato fue, en muchos momentos, casi obligado. ¿Se habría atrevido alguien a firmar "Mentidero de Madrid/ decidnos ¿quién mató al Conde?" Acusar al rey *in propria voce* del asesinato de Villamediana no era aconsejable, como tampoco el Padre Isla consideró prudente firmar su *Fray Gerundio de Campazas*. El que el autor del *Lazarillo*, haya permanecido oculto no tiene nada de raro. Pero ese ocultamiento es, para los investigadores, un reto. Y entre los investigadores brilla con luz propia Mercedes Agulló, que ahora nos ofrece la última palabra en relación con la autoría de nuestra primera novela picaresca.

En una comunidad científica como la nuestra, en la que la falta de rigor abunda en demasía, el rigor y apoyo documental que Mercedes Agulló aporta son sin duda encomiables. Se basa la investigadora en las testamentarias del abogado Juan Valdés, que realiza el inventario de los libros del cosmógrafo soriano López de Velasco, científico de la corte de Felipe II, que, en su momento, publicó nuestro compañero Pérez-Rioja (*Un insigne visontino del siglo XVI. Juan López de Velasco (¿1530-1598)* (*Celtiberia*, n.º 15, 1958, pp. 7-38). Tras la muerte de Diego Hurtado de Mendoza, López de Velasco se encargará, a su vez, de relacionar su biblio-

teca y el conjunto de sus libros y cartapacios. Y en uno de ellos, junto al borrador de *La rebelión de los moriscos de Granada*, en el mismo cajón, se conservaba, *Vn legajo de correcciones hechas para la ynpressión de Laçarillo y Propalandia*. Dichos papeles tal vez le fueron confiscados en 1573 al ser Don Diego denunciado a la Inquisición. El hecho de que López de Velasco los uniera al resto de los originales de Don Diego bien habla del conocimiento que tenía de la autoría del *Lazarillo*. El cosmógrafo real ya señaló en el prólogo de la edición expurgada de 1573 haber suprimido "*toda la segunda parte, que por no ser del autor de la primera, era muy impertinente y desgraciada*". Es obvio que López de Velasco conocía perfectamente la autoría del *Lazarillo*. Agulló plantea que "es posible volver de nuevo a la autoría del libro como de Hurtado de Mendoza, desechando las atribuciones al jerónimo fray Juan de Ortega, a los Valdés, a Sebastián de Orozco, a Juan Luis Vives, a Hernán Núñez el Comendador Griego, a Cervantes de Salazar, a "un humanista de la España renacentista", e incluso a Gonzalo Pérez, padre del secretario del rey Antonio Pérez" (p. 44). Recuerda luego Agulló la opinión generalizada de la autoría de Hurtado de Mendoza y enumera toda una serie de datos y coincidencias que la corroboran como los indicados por Ángel González Palencia y Martín de Riquer. Reflexiona des-

pués Agulló sobre la fecha de redacción del *Lazarillo*, utilizando como soporte tras la batalla que tendrá como consecuencia la captura del rey de Francia y su estancia en prisión entre 1525 y 1526. Las referencias en la obra al episodio serían fruto del recuerdo. Rizando el rizo, como así lo indica la autora, "Felipe II amenazó a Hurtado en 1573 con una acusación en firme de andar con libros prohibidos, lo que suponía una denuncia al Santo Oficio de consecuencias graves, pero ¿uno de esos libros "de prohibida lectura" no podía ser el *Lazarillo* y el rey estar al tanto o al menos sospechaba la paternidad literaria de la obra?" (p. 51). No cabe duda que ya, en su momento, era más o menos *vox populi* la atribución a Hurtado de la obra.

Concluye el libro con el Testamento y el Inventario de bienes de Don Diego Hurtado de Mendoza.

En definitiva, estamos en presencia de un libro riguroso ya que, *A vueltas con el autor del Lazarillo*, aporta, con gran rigor, numerosos datos en los que basar su autoría y atribuírsela a Diego Hurtado de Mendoza. Esperemos que esta atribución llegue a ser definitiva.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
Instituto de Estudios Madrileños

NEWTON, Isaac

El templo de Salomón. Manuscrito Prolegomena ad Lexici Prophetici parte secundam

Edición Príncipe, traducción española y estudio por Ciriaca Morano

(Segunda edición crítica revisada y actualizada con nuevo estudio a cargo de Ciriaca Morano Rodríguez)

Colección Clásicos del Pensamiento. Madrid: CSIC, diciembre 2009, LXXII+151 pp.

En 1996, siendo Director de Publicaciones del CSIC, me cupo el honor de publicar, en colaboración con la Editorial Debate y dentro de la colección Clásicos del Pensamiento, la Edición Príncipe de la obra de Isaac Newton *El Templo de Salomón*. Para el lector puede resultar sorprendente que una obra de Newton no hubiera sido editada hasta esa fecha, y más sorprendente aún que no sólo la obra que ahora comentamos sino un amplio *corpus* de manuscritos de contenido teológico, siguiera en el anonimato de los archivos. Pero así era. Podría pensarse que Newton, fuera del campo de la Física, no interesaba. Y sin embargo, como bien se señala en el texto de cuarta de portada, "Los *Prolegomena*, bajo su adusta apariencia de tratado técnico, esconden una síntesis del pensamiento de Newton sobre Dios, el universo, la historia humana y el destino de la humanidad".

La autora del extraordinario trabajo de "descubrir", editar críticamente el texto latino, realizar su traducción castellana, estudiarlo y anotarlo fue y es, pues su magna labor continúa, la Profesora e Investigadora del CSIC, Ciriaca Morano.

Tras el éxito de la edición inicial de *El Templo de Salomón*, Cira Morano da continui-

dad a su labor en el marco de un proyecto titulado *Edición crítica de textos inéditos de Isaac Newton en lengua latina* que a partir del año 2000 adquiere dimensiones internacionales con diversas colaboraciones, y entre ellas, con el *Newton Project* del Imperial College de Londres..

Un hecho luctuoso, que no dudamos en calificar de plagio, tuvo lugar antes de la publicación de la segunda edición. Una persona subió a la red el manuscrito *Prolegomena* basándose evidentemente en la tarea filológica editorial de Ciriaca Morano sin mencionar adecuadamente al CSIC ni a la autora, propietarios del copyright, ni haber pedido los preceptivos permisos.

Pero al margen de este desagradable incidente, que está *sub iudice*, la obra, que se agotó rápidamente, tuvo una primera reimpresión en diciembre de 1998, y reaparece ahora en una segunda edición totalmente revisada.

Tras los obligados prolegómenos, el Estudio preliminar abarca dos grandes apartados: El contexto del manuscrito *Prolegomena*; y La Edición Príncipe del manuscrito: Problemas y soluciones (as-

pectos críticos y filológicos); y tras él, el facsímil del manuscrito de 69 folios. Le sigue la Edición Príncipe del manuscrito que abarca el texto latino y su traducción española. Completa la edición la relación de abreviaturas y signos tipográficos; el índice de autores y obras citadas y una extraordinaria bibliografía, dividida en dos apartados: Ediciones de obras de Isaac Newton citadas y Selección de estudios y catálogos de manuscritos.

Concluir señalando que estamos ante un libro excepcional por dos razones. La primera de ellas, la labor extraordinaria desde el punto de vista filológico y de interpretación de Ciriaca Morano. La segunda, que tras la publicación de *Prolegomena* Newton ha adquirido una nueva dimensión. Ya no es tan sólo el autor de los *Principia*, sino también un hombre y un científico universal: teólogo, erudito y filólogo excepcional. Y esta nueva valoración es, al igual que la Edición Príncipe de *El Templo de Salomón*, obra de Cira Morano y del CSIC que siempre creyó en ella y le prestó su apoyo.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
Instituto de Filosofía, CSIC

PIMENTEL, Juan

El Rinoceronte y el Megaterio. Un ensayo de morfología histórica

Madrid, Abada Editores, 2010, 320 pp.

Cuando escribo la reseña de un libro que no me ha gustado, a pesar de tratarse de una obra avalada y salida de la pluma de un autor reconocido, suelo reservar mi juicio para el final de la reseña, en un ingenuo intento por justificar previamente mi disgusto para suavizar o disimular –en balde, supongo– mi desazón por el tiempo invertido en la lectura. Por una especie de regla de tres, cuando sucede lo contrario y la impresión causada por la obra es muy positiva, tengo serias dificultades para reprimirme y no sentenciar de entrada, y aunque sea sin aportar ningún tipo de prueba o argumento que no sea mi credibilidad –sea poca o mucha– como lector y crítico, que nos encontramos ante una investigación excelente y un trabajo soberbio. Esto segundo es, precisamente, lo que me ha sucedido con el último libro de Juan Pimentel, Científico Titular en el Instituto de Historia del CSIC, especialista en historia cultural de la ciencia y autor de obras como *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración* (Marcial Pons, 2003) o *Viajeros científicos. Jorge Juan, Mutis, Malaspina* (Nivola, 2008, 2.ª ed.).

En *El Rinoceronte y el Megaterio*, Pimentel se propone una tarea tan difícil y arriesgada, como motivadora y apasionante. Consiste dicho reto en escribir un ensayo de historia cultural de la ciencia, de la Revolución Científica que tiene lugar en Europa durante la Edad Moderna, partiendo de dos ejemplares de animales convertidos por el autor en aquello que Gianni Rodari llamó “binomio fantástico”; dos elementos distintos, dos seres inconexos y sin ninguna

relación aparente que los una, en los que el autor trata de encontrar un nexo en común que los emparente, una afinidad o ligazón oculta que mediante la recreación y el contraste de su doble historia, pueda salir a la luz. Las dos especies de las que se vale Pimentel para trazar este panorama sobre la situación del conocimiento científico en los siglos que van del XVI al XIX son dos especies –el rinoceronte y el megaterio– cuya primera comparación o cotejo nunca nos haría pensar en la cantidad de concomitancias y vínculos que entre ambas trayectorias encuentra el autor.

Digo esto porque se trata de dos animales descubiertos en lugares distantes y en momentos de la historia también distintos; de hecho, y como nos recuerda el autor, los hallazgos y la posterior difusión de su existencia coinciden cronológicamente con los albores –en el caso del rinoceronte– y con el final –hablando del megaterio– de ese periodo de la Revolución Científica del que ellos serán testigos y protagonistas. Aun separados en sus descubrimientos por casi tres siglos y distanciados en su existencia sobre la Tierra por decenas de miles de años, ambos llegarán a la Península Ibérica en dos momentos muy concretos y se convertirán, gracias a su oportuna aparición y su difusión internacional, en dos iconos de la Modernidad, dos símbolos del avance y el progreso científico.

En la primera parte de su ensayo, construido como una doble biografía que parte de dos puntos de origen alejados, pero comparte alguna parada del viaje y acaba en cierta forma, confluyendo en el punto de

destino, Pimentel reconstruye con maestría y valiéndose de una erudición desbordante, la historia de Ganda: el rinoceronte que llega embarcado a Lisboa el 1515, procedente de la India y como un regalo para el rey de Portugal, Manuel I, quien posteriormente lo quiso reenviar como un lujoso presente para el Papa León X. La historia del paquídermo Ganda, símbolo y metáfora de la llegada del exotismo y el lujo oriental a un Occidente racionalista y cristiano, que vive el apogeo del Renacimiento italiano y el poderío pontificio, así como la posterior exhibición de ese prodigio de la naturaleza nunca antes visto por estas latitudes, constituyen un proceso de apropiación que el autor interpreta hábilmente como una suerte de domesticación de Oriente por parte de Occidente; una conquista que va más allá de la posesión física del animal, pues esto es solamente el principio. De hecho, y como explica Pimentel, si la historia de Ganda ha llegado a nuestros días es gracias al impresionante grabado que le dedicó Durero y a su posterior reproducción en serie y difusión en forma de copias que circularon durante la Época Moderna por todo el mundo conocido. Sin estos grabados y copias, del rinoceronte sólo se hubiera conocido su leyenda, originada en las descripciones que del animal nos ofrecen en sus obras Plinio y Estrabón. El rinoceronte de Durero, resultado de su capacidad para imaginar (el artista no lo vio nunca físicamente, solamente a través de dibujos del ejemplar que le facilitaron) y para recrear lo desconocido, creando así el conocimiento, es un ejemplo, insiste Pimentel, de la innegable relación que unió a la ciencia y al arte en el nacimiento

del mundo moderno. Igualmente, la historia de Ganda es también la historia de la tecnología (la invención de la imprenta y la producción en serie del grabado de Durero que hizo posible su difusión) que posibilitó una especie de primera globalización internacional, en el centro de cuyo éxito se situaba no la palabra y la cultura escrita, como había sucedido hasta entonces, sino la cultura visual, la imagen y su poder evocador.

El otro protagonista de estas vidas paralelas diseñadas por Pimentel es el megaterio, un enorme mamífero emparentado con los perezosos y extinguido en América del Sur hace más de 8.000 años. Para ser precisos, los protagonistas son los huesos de un megaterio encontrado en 1787 en la cuenca de uno de los afluentes bonaerenses del Río de la Plata y trasladado a La Coruña y, posteriormente, al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde el esqueleto del animal fue reconstruido y estudiado, en la primera fase de un largo proceso que acabó con la identificación –que era también la creación– de una especie hasta entonces desconocida. Si en el caso del rinoceronte la persona clave del proceso de difusión fue Durero, en el del megaterio argentino llegado a Madrid lo fue el joven naturalista francés Georges Cuvier, responsable de bautizar la especie y de construir y divulgar la historia de un animal sobre el que no se disponía –a diferencia de lo que sucedía con el rinoceronte, que tenía ya su nombre y leyenda propia– de ningún tipo de información o referencia en la que apoyarse. Como había hecho Durero, nos explica el autor, Cuvier puso en pié la historia del megaterio valiéndose de su talento y de su poderosa imaginación para ver e intuir algo –la apariencia externa del animal “propietario” de aquel esqueleto–

que jamás había visto; del mismo modo, serán otra vez los dibujos y grabados con la imagen de su esqueleto montado y desmontado en huesos, lo que permitirá la circulación del descubrimiento por el orbe científico. Ambos ejemplos sirven al autor para demostrar dos de las tesis en las que más insiste a lo largo de estas páginas: el extraordinario poder de la imaginación –usada por todos los que intervinieron en ambos procesos– y de lo imaginado, de lo no visto ni directamente experimentado, como instrumento para la creación del conocimiento científico e histórico; y, por otro lado, el carácter eminentemente social y colectivo de la ciencia, de su proceso de creación y difusión. En este sentido, y desmintiendo en parte la imagen tópica del científico loco y brillante que hace su descubrimiento en el laboratorio, donde vive y trabaja aislado de la civilización, el autor nos describe dos procesos sociales a muchas bandas, en los que intervinieron y terciaron decenas de científicos y humanistas de la época en ambos lados del Atlántico.

Sinceramente, me parece que el libro de Juan Pimentel es una obra original y pionera en la historiografía española, un ejercicio de orfebrería histórica en el que el autor demuestra conocer y manejar una variedad de recursos técnicos, narrativos y bibliográficos, poco habitual entre los de nuestro gremio, cada vez más encerrados en nuestra disciplina, más limitados a la parcela de nuestra especialidad. *El Rinoceronte y el Megaterio* es un magnífico libro de historia cultural de la ciencia, pero es también un ensayo en el que se nos habla de las mentalidades de la Europa moderna (la descripción de los gustos y las prácticas de las monarquías europeas que hace el autor recuerda en algo al Marc Bloch de

Los reyes taumaturgos) y un libro en el que la historia está contada como un relato detectivesco que atrapa la curiosidad del lector y no la libera hasta el final. Por cómo está construido el ensayo, hilando interrogantes sin resolver que el autor va planteando sobre la marcha y formulando conjeturas e hipótesis sobre su posible resolución, me atrevo a decir que estamos también ante uno de los mejores ejemplos de análisis microhistórico realizado por un historiador español, puesto que Pimentel emplea con soltura el método cognoscitivo del “paradigma indiciario”, adoptado por Carlo Ginzburg y llevado a su máxima expresión en *El queso y los gusanos*. Como anuncia Pimentel en su introducción, estamos ante un ensayo que se propone algo tan loable y poco usual entre historiadores –quizá por ser poco buscado– como es provocar al lector, contarle una historia que le enseñe y le entretenga a la vez. Al leer *El Rinoceronte y el Megaterio* se tiene la sensación de acompañar al autor en un viaje al pasado; de estar reconstruyendo los hechos, cual detective de la historia, a la vez que los reconstruye el autor; de estar descubriendo algo que no sabía nadie, al tiempo que lo descubre y nos lo descubre el autor; se tiene la sensación, en definitiva, de estar divirtiéndose leyendo un relato, de la misma forma que se ha divertido el autor al crearlo, compartiendo su intriga y angustia inicial, pero con una alicuota recompensa final, al experimentar esa sensación de felicidad –y tranquilidad– que nos invade al comprobar que todas las piezas del rompecabezas encajan, que no hay ningún hueco por llenar y que, como sucede en este libro, ninguna pieza sobra.

Por **Francisco Fuster García**
Universidad de Valencia

ABALLÉ, Anna y ROLÓN, Israel

Carmen Laforet, una mujer en fuga

Barcelona, RBA, 2010, 544 pp.

El enigma Carmen Laforet
(una tragedia contemporánea)

Hoy he terminado de leer las 456 páginas del libro *Carmen Laforet, una mujer en fuga* (ed. RBA. 2010) de Anna Caballé e Israel Rolón, magnífica obra de género biográfico. Sin duda, será la biografía de esta escritora española, autora de la celebrísima novela *Nada*, primer Premio Nadal, ganado la Noche de Reyes de 1945, en Barcelona, por una joven desconocida de 22 años, Carmen Laforet.

Me ha interesado mucho esta biografía y me ha hecho sufrir mucho también. A ratos, sentía que no quería dedicarle tanto tiempo, que deseaba "meter el turbo" y hacerle una lectura "oblicua" a gran velocidad, que ya sabía lo que iba a pasar, que era sufrimiento sobre sufrimiento lo que claramente se barruntaba desde el comienzo, pero no, la he leído en profundidad desde el inicio hasta el final.

El quid de esta lectura imposible de abandonar radica en la maestría de Anna Caballé. La ha escrito con tal empatía por una vida humana, con tal dosificación del acaecer vital de Carmen Laforet que son contagiosos para el público lector. Creo que si Alfred Hitchcock hubiera conocido a Anna Caballé, sin duda la hubiera contratado como guionista de suspense bien dosificado. Creo que será el libro "del verano" para un público culto, no hay más que ver el subrayado que el suplemento de *El País*, Babelia, le dedicó en su portada de la Feria del Libro de Madrid.

Esta biografía trata de desentrañar el siguiente enigma paradójico: "cómo se puede no es-

cribir sin dejar por ello de ser escritora" (p. 14) que cumple la sentenciosa copla popular: "ni contigo ni sin ti, tienen mis penas remedio...". Esta es la relación atormentada que tuvo Carmen Laforet con la literatura, con el hecho de la escritura. De tal manera que Caballé pone este punto final a esta espléndida obra así: "Al morir pudo descansar de la vida y, por fin de la literatura" (p. 456).

Desde ese famoso 1945 que la define como una gran escritora y todos los reconocimientos anejos al triunfo hasta el año 2004, en que muere con 82 años, su vida es un puro tormento, siendo ella misma su peor juez, la que peor se trata, la que no puede romper el nudo gordiano al cual la ha conducido un destino trágico: el triunfo que la ha cosificado, la ha alienado, en un destino que el azar le ha traído y del cual no puede sustraerse. En suma, una tragedia contemporánea (digna de llevar a escena).

Deseo dar una especie de pinceladas impresionistas, de "flashes" sobre Laforet, sin orden y sin jerarquía, con la certeza de que volveré a escribir más sobre esta vida de mujer que tanto nos puede hacer reflexionar. Veamos las claves siguientes, dichas en corto y en directo:

1) En la dialéctica individuo-sociedad, la persona se construye; la persona no es sana o enferma psíquica, en general; la enfermedad se construye y también se deconstruye jugando con los materiales sanos o insanos que estén a mano de la persona. Carmen Laforet creció sobre un pobre suelo psíquico (su familia de origen, en su Canarias natal, con orfandad de su madre, con una figura arquetípica de la madrastra mala...). En este

sentido, cabría preguntarse: ¿es Laforet un caso psiquiátrico o un caso literario? Tal vez la respuesta sea, no esa disyuntiva, sino ambas cosas a un tiempo realimentándose.

2) Contexto y texto. La más cruda postguerra española en la que se crió no era tal vez la mejor atmósfera social para deconstruir sus problemas psíquicos, sus inseguridades y construir una identidad fuerte y saludable. De ahí que la vemos circulando por la vida con esta trinidad de noes: no escritora, no ama de casa, no personaje público. Nada de ello quiere ser y sin embargo lo es, la vida se lo ha impuesto fatalmente: es escritora, es mujer joven casada que llega a tener hasta cinco hijos y es figura pública y famosa por aquel insólito premio de *Nada* que la persigue toda su vida como su Gloria y su Cruz ("se puede morir de éxito", como dijo un conocido político).

Evidentemente, si la vida fuera elegible, podría decir que Carmen Laforet se equivocó de fecha al nacer, que si hubiera pertenecido a una generación posterior hubiera tenido muchos más recursos y vías vitales a su alrededor (al menos como posibilidades o alternativas a su destino). Voy a dar unos ejemplos:

- a) No lanzarse al tálamo nupcial que era la salida *quasi* obligada en el franquismo (casi a lo medieval: o casada o monja, sin una tercera vía de soltería-mujer independiente).
- b) Divorciarse antes, de un matrimonio que al parecer, no le satisfacía.
- c) Decantarse abiertamente por el lesbianismo que parece fue una tentación notable en su vida.

d) Emplear abierta y sabiamente recursos de salud, como una terapia psicológica para sus inseguridades, un psicoanálisis para sus miedos y fantasmas, etc.

e) Empoderarse como mujer y, si quería, como escritora, en el aliento de la inspiración que el Feminismo está dando hoy a las mujeres. Nada de eso, abundaba en "su tiempo" y su persona tampoco lo buscó en los resquicios por los que se iba filtrando (su estancia romana en el Transtévere, en el círculo de Alberti, sus viajes a California, en los que ya se veía otra forma de vida, diversa al encorsetamiento social del franquismo, acentuado para el caso de las mujeres que aún vivían calderonianamente, bajo el peso del honor y de la honra).

Una lectura desde la perspectiva de Género, como la que estoy apuntando, daría mucho de sí. Por ejemplo, de la alienación matrimonial en una sociedad patriarcal. La falta de fuerza personal y de ambición literaria la sumió en la inconsistencia.

Ninguno de esos puntos mencionados arriba hizo, y se quedó bamboleante, en indefinición permanente que no tuvo fortaleza psíquica para imponerla, si ello le hubiera placido. Por el contrario, el nudo gordiano literario cada vez la iba cercando más, estrangulándola. Era el cerco de los años que pasaba sin escribir, de los compromisos casi siempre incumplidos con sus editores, de sus dilaciones sin cuento. Impotencia, angustia y más angustia era su alimento ante la escritura. No es ocioso el subtítulo que Anna Caballé ha puesto a la vida de Laforet: "Una mujer en fuga", al que añado: que no acaba de huir ni de quedarse.

3) Texto y contexto. Invierto ahora el orden, respecto al apartado anterior, y focalizo la vista en el texto. Si *Nada* hubiera aparecido hoy, nada hubiera sucedido (por

decirlo en juego de palabras deliberado). Su éxito es el reverso del fracaso cultural en que se vivía en los años cuarenta en España: no había nada, podían contarse con los dedos de las manos el abanico de escritores famosos (Cela, Delibes y..., es decir, "sota, caballo y gallo") y si hablamos de mujeres escritoras, sobra una mano.

Sin entrar en la valoración de la novela en sí, se puede hablar del desmedido éxito de *Nada* en el desmedido contexto de un páramo cultural, de una España de papel de estraza. Dice de ella Caballé (probablemente en una de las pocas frases distanciadas o críticas hacia Laforet, a la que trata siempre con la comprensión de una vida sufriente):

"Su caso no es precisamente el de una heroína sacrificada en el altar de la abnegación por los demás, sino el de alguien que sigue viviendo, cuarenta años después, de los réditos de su primera y excepcional novela" (p. 425). En efecto, *Nada* es el obelisco literario levantado en plena postguerra cuya sombra la persigue, pero cuya sombra también le da a lo largo de su vida. *Nada*, cual fatalismo, está en su vida para mal y para bien.

En otro orden de cosas, se podría decir que a Laforet le sirvió ese triunfo (aunque se vio posteriormente que era "envenenado" y con gran carga de daño psíquico) pero Laforet también le vino bien a la postguerra española, como icono literario femenino. Imposible que hoy una novela, cualquiera, obtuviera tal éxito y tan sostenido en el tiempo, en un panorama sobreabundante en autores masculinos y femeninos, en publicaciones y globalizado.

4) Sobre las élites profesionales femeninas. Como es característico en toda profesional de élite y además aglutinando en ella los rasgos de pionera, joven y guapa, Carmen Laforet estuvo en el punto de mira

de la opinión pública, incluso tal vez espoldeada por la curiosidad del difícil acceso a ella (sus problemas de identidad hacían que la rehuyera). Una sociedad patriarcal puede encumbrar a una mujer, es el éxito de las minorías, la excepción que confirma la regla de la situación postergada de la generalidad de las mujeres (este es sólo un aspecto del tema complejo y muy matizado con curiosos resortes sociales que he analizado durante tres décadas de investigación sociológica sobre las élites profesionales femeninas).

5) Carmen Laforet fue mimada como escritora (notablemente en el plano económico). La atención que la sociedad le prestaba, le causaba un gran malestar, pero al tiempo, una reacción de ambivalencia que es como si dijera interiormente: voy a mostrarme socialmente para no desaparecer en la bruma de mi mente, hundida por mi pereza e impotencia; acepto tal conferencia para inmediatamente querer cancelarla; pues no es la conferencia *per se* lo que le interesa sino tratar de ayudarse psíquicamente.

Alguien debió advertirlo y poner un remedio eficaz, diagnosticarla y tratarla debidamente, no dejarla "en fuga". No parece que haya tenido o haya permitido tener una ayuda que fuera al mal de raíz. La sociedad la mimaba, le daba reconocimiento y fondos que al tiempo eran una especie de prebendas envenenadas a un ser que no quería ser. "Yo, es otra", en expresión que yo adapto para ella de su admirado modelo Rimbaud (citado ampliamente en el libro).

He leído esta obra con una gran piedad hacia la fragilidad humana, hacia el vulnerable curso de la vida que incluso lo bueno, un éxito, puede arruinar.

He leído esta obra con empatía a la condición humana siempre sufriente pero siempre tratando de salir a flote de Carmen Laforet.

Y la he leído también con admiración a Anna Caballé que nos ha brindado este navegar con maestría por el alma humana, nos ha mostrado con sabiduría y elegancia esa especie de safari peligroso que es la existencia humana, incluso

caída por tierra ante el empuje de algo tan bueno en principio como el éxito literario.

Recuerdo, en este momento, aquel paradójico *dictum* del filósofo de la Stoa de Ar-

güelles: "Gracias, Dios mío, por permitirme llevar esta vida gris. Mi pobre corazón no soportaría la fama".

Por **María Antonia García de León**

HEINE, Heinrich

La escuela romántica

Edición de **Juan Carlos Velasco**

Traducción de: Manuel Sacristán (*La escuela romántica*) y Juan Carlos Velasco (*Anexos*). Madrid: Alianza, 2010, 287 pp. Filosofía Alianza Editorial. Libro de Bolsillo. Humanidades. H 4499.

Como muy bien decía Golo Mann en 1995, en la cita que antecede al estudio preliminar de esta obra:

Quien quiera ocuparse de la moderna historia alemana tiene que intentar describir el genio y el pensamiento de Heine tan bien como pueda (p. 7).

Por ello es extraordinariamente acertada la edición de esta obra fundamental del poeta alemán. Al empeño concurren, felizmente, la excelente traducción que Manuel Sacristán llevó a cabo en 1964 y la cuidadosísima revisión efectuada por Velasco "a la luz de la monumental fiable edición canónica alemana conocida como 'la edición de Düsseldorf'", que, lamentablemente, Sacristán no pudo manejar. A esta revisión ha acompañado Velasco unos Anexos excelentes, empezando por el "Estudio preliminar. Heine y el final del período artístico" que ocupa treinta y cinco páginas y que fecha en Berlín en septiembre de 2009. Al estudio se añade una "Cronología" que es como una biografía resumida del poeta, y una completa "Bibliografía" estructurada como sigue: De Heine: 1. Ediciones generales, 2. Ediciones de *La escuela romántica* 3. Obras de Heine

en castellano (una breve selección); Sobre Heine y la época romántica.

Como ya se ha dicho, el Estudio preliminar viene precedido por una cita de Golo Mann a la que sigue otra de Isaiah Berlin del año 2000, que no nos resistimos a transcribir:

Muchos fenómenos que vivimos hoy en día –el nacionalismo, el existencialismo, la admiración por los grandes hombres, la admiración por instituciones impersonales, la democracia, el totalitarismo– se ven profundamente afectados por el romanticismo que los penetra a todos. De allí que éste sea un tema no enteramente irrelevante en nuestro tiempo (p. 7).

Señala Velasco el desvalimiento de los medios intelectuales alemanes tras la desaparición de Hegel y cuatro meses más tarde de Goethe. El país entero –nos dice– parecía sumido en una crisis de creación y de pensamiento difícil de superar. El *Kunstperiode*, utilizando la expresión de Heine, había concluido. Nuestro poeta fue el primero en establecer un correlato entre la historia literaria y la político-social. Hegel ya había afirmado "el final del arte", y Heine, más

modesto, "el final del período artístico". En el decenio que va de 1820 a 1830, los aires revolucionarios vienen de Francia y culminan con la revolución de 1830 que, aunque no tiene correspondencia en Alemania, da lugar a la creación del movimiento literario La Joven Alemania, que será rápidamente proscrito. Siguiendo las directrices de Hegel: "captar el espíritu de la época", Heine "hace materia de su tiempo" el argumento de sus escritos. Pese a su admiración por Goethe, nuestro poeta busca, desesperadamente, la regeneración política de su patria, despidiéndose del apoliticismo del maestro; y ve en el romanticismo lo peor del anterior período artístico. Los románticos aman el pasado por el pasado y su alianza con la reacción es evidente.

Madame Staël desarrolló una imagen deformada de Alemania en su obra *De l'Allemagne*. El propósito de Heine en *La escuela romántica* es, precisamente, combatir y refutar esa visión deformada de la escritora francesa que publicó veinte años antes. Opositora de Napoleón, los ejemplares de su obra fueron confiscados y destruidos en 1810, pero logró publicarlo de nuevo en Inglaterra donde se agotó rápidamente.

Madame Staël fabricó una Alemania a su medida como antítesis de la Francia revolucionaria primero y napoleónica después. Su devoción no era en modo alguno desinteresada y sí conspirativa. Su libro fue denominado "Biblia de los románticos". Velasco señala, muy acertadamente, que "la figura y la obra de Madame de Staël encarnan a la perfección el tránsito del siglo XVIII al XIX, del racionalismo enciclopedista ilustrado al romanticismo, y la figura y la obra de Heine ilustra, por el contrario, el paso del romanticismo ingenuo al post-romanticismo reflexivo y crítico, incluso revolucionario.

Cuando Heine se traslada a París en 1831, escribe *La escuela romántica* y su ensayo *Sobre la historia de la religión y la filosofía*

en Alemania. La escuela fue, sin duda, un libro polémico y constituiría una obra clave para la comprensión historiográfica del romanticismo. Estamos claramente ante un texto de combate. Dividida en tres libros, Heine dedica el primero a la figura de Goethe, el segundo a los hermanos Schlegel y a Tick; y de pasada a Schelling, Novalis y Hoffmann, mientras que el tercero se ocupaba en primera estancia de Brentano y Arnim, aunque en la edición de 1835-1836 se completó con semblanzas de Zacharias Werner, Motte Fouqué, Uhland y de forma escueta, Chamizo, Kerner y Eichendorf. El texto conoció en su génesis múltiples reescrituras y sufrió la tijera del censor en veinte ocasiones en su primera edición. La versión definitiva se publicó en 1836. Hei-

ne nunca volvió a publicar el texto censurado. Otros pequeños textos, procedentes de versiones previas, se editan ahora por primera vez en castellano.

Velasco ha introducido multitud de notas tan explicativas como necesarias, manteniendo algunas de las originales de Sacristán.

La escuela romántica es, sin duda, una obra imprescindible y hace de Heinrich Heine el primer autor moderno y un hombre comprometido literaria, social y políticamente con el espíritu de su época.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
Instituto de Filosofía, CSIC

ESCALERA CORDERO, Matías

Pero no Islas

Germanía, 2009.

Pero no islas (Germanía, 2009) es el segundo poemario de Matías Escalera que enlaza con poetas como Vicente Aleixandre, en su crítica a la ciudad; Dámaso Alonso, por su vitalismo y existencialismo; Valente, Riechmann y los poetas de la diferencia (Antonio Orihuela y Enrique Falcón), por su reivindicación de la memoria y del compromiso ético. En este libro, se profundiza en los temas de su primer poemario: *Grito y realidad* (Baile del Sol, 2008). La muerte, el paso del tiempo, la soledad, lo material y lo inmaterial, se expresan con una poética vitalista que manifiesta la fatalidad de ser hombre "pensante y sintiente" en "ciudades inhabitables y delirantes". Lo cotidiano adquiere matices existencialistas en este libro, puesto que lo que se puede señalar, escuchar, palpar o vocear son las pequeñas cosas que nos identifican como

seres humanos en la gran estructura de las sociedades globales. Así, destaca, como novedad poética en *Pero no islas*, el análisis antropológico que Matías Escalera efectúa de los hombres urbanitas, que aparecen retratados como cuerpos contrahechos que se debaten entre la posibilidad de alzarse o de continuar doblegados. En contraste con esta antropología poética, surge una visión tecnológica del humanismo en poemas que indagan en el impacto de los discursos científicos en la vida cotidiana, constatándose la fractura entre idea y materia, que es una de las constantes de la poética de Matías Escalera. Razón y corazón son reclamados como símbolos de existencia frente al nihilismo de las estructuras tecnológicas y económicas que someten la voluntad de los hombres. Frente a los idealismos, aparece la memoria como el espacio de la poesía.

A través de estas coordenadas poéticas, Matías Escalera desea "poetizar las ideas, las emociones, las experiencias y los actos cotidianos" (p. 4), configurando una poética de la razón, del corazón, de la memoria y de la acción. Así, el acto poético de *Pero no islas* se establece en el compromiso de realizar (en sus implicaciones existencialistas), aquí y ahora, la "transcripción, o mejor, traducción de los actos y experiencias simples –no comunicadas, ni acaso comunicables–, a símbolos poéticos –artificiosos y compuestos, pero comunicables–" (p. 4) sin evidenciarse fractura alguna en el discurso poético y poemático. A tenor de las palabras preliminares de Matías Escalera, se escuchan ecos de la polémica comunicación/conocimiento, que tanto resonó en la poesía de los años 50, inclinándose la balanza hacia una poesía de la comu-

nización que tenga como figura retórica central el símbolo, como ya estableciesen Bousoño y Aleixandre hacia mediados y finales de los años 40; pero, sin que se note ninguna fractura entre poesía y experiencia, es decir, que el *dictus* poemático no sea representación, sino testimonio. Evidentemente, la vinculación con poéticas de la experiencia es inevitable, si bien alejándose de la artificiosidad representativa del neón, de las oficinas, de los aeropuertos..., etc., para reclamar el espacio realista del "embotellamiento", del "despertar de cada madrugada", del "mirarse al espejo cada mañana", de "la firma de una hipoteca", del "cobro de la nómina", de "la compra de un electrodoméstico", etc. Por tanto, el poeta llama la atención sobre los actos de cotidianidad que confirman la existencia del ser humano en el aquí y ahora del capitalismo tecnológico.

En otro orden de cosas, Matías Escalera incide en una serie de dicotomías de rai-gambre post-estructuralista que acotan el entramado ideológico y estético de su poemario: lo grande y lo pequeño; lo evidente y lo oculto; el dentro y el afuera. Estas dicotomías giran en torno a la problemática vital del hombre corriente desde las premisas del racio-vitalismo, pues vienen a esclarecer que el conocimiento es una fuente de poder y que la manipulación de la realidad conlleva una poderosa voluntad de poder en aquellos que camuflan la simpleza de las cosas que simplemente suceden. Por esto, Matías Escalera reclama la importancia del acto y de la acción, porque mediante ellos el hombre puede percibir sensorialmente la realidad que se desvirtúa en los discursos mediáticos, políticos y económicos. Así, en la aprehensión del acto, el hombre corriente siente que él también puede hacer y, a pesar de ser una sensación transitoria que se marcha con el efímero instante, se va forjando una conciencia colectiva de poder a partir de

la solidaridad individual con una multitud de anónimos oprimidos por la falacia del poder.

De esta manera, la primera parte del poemario ("En primera persona") constata una serie de temas que giran en torno a la reivindicación política de los anónimos, la reescritura de la historia, del mito y de la realidad; el retrato sociológico y antropológico de la ciudad, que se erige como símbolo de la alienación del individuo; temas filosóficos y semánticos sobre el divorcio entre el acto y su expresión en el aquí y ahora, etc.

La segunda parte de *Pero no islas* rezuma un sentimiento elegíaco ante el incesante devenir de la vida hacia la muerte (obsérvese el símbolo de la semilla en "De repente la hierba"), y este imparable acontecimiento hacia la aniquilación dota de gran misticismo a este bloque de poemas, donde la culpabilidad, provocada por la inacción, realiza la promesa fatalista de un mesías puesto en tela de juicio por los hábitos consumistas de la sociedad actual.

El mesianismo, la culpabilidad, el pathos o sufrimiento, el fatalismo y la necesidad de auto-aniquilación cuasi mística, como única manera de constatarse viviente en un paisaje urbano colmado de muertos en estado prácticamente vegetativo, son los ingredientes que combina Matías Escalera para despertar la conciencia dormida del individuo en la reencarnación de la experiencia de las pequeñas cosas cotidianas que, para alcanzar su perfección, necesitan la armonía universal de las esferas cósmicas. Por todo esto, esta segunda parte concluye con el poema "Cita cierta", donde se apela a un sincero "estaremos", como única posibilidad de resistencia ante el fatalismo determinado por las inercias sociales, económicas e históricas.

En el último bloque poemático, titulado "En tercera persona", Matías Escalera enjuicia el mundo que nos rodea para atribuir al Hombre el doliente don de la evidencia, como se puede leer en "Trabajadores desnudos", estableciéndose una poética del desconsuelo en un territorio hostilmente humano. El análisis de la realidad se efectúa dentro de una estética materialista y experiencial donde lo cotidiano se convierte en símbolo de las grandes cuestiones que atenazan al Hombre desde la noche de los tiempos. De esta manera, el poeta propone que únicamente en lo insólito y en lo sensorial existe una promesa de vida que ineluctablemente se vincula con la constatación de la muerte, alcanzándose un profundo sentir elegíaco con imágenes dantescas de seres sufridores, penitentes y dolientes por el mero hecho de constatarse en el aquí y ahora. Así, en "Poema descartado" surge el símbolo del eco como "recompensa de lo inerte", puesto que la voz o no es escuchada, o llega en el momento del silencio que se niega a escuchar. Por tanto, se conjura de nuevo la acción como protocolo de estar en el mundo, aunque sea la demorada acción del eco, pero mantenerse en la actuación, como se indica en la "Elegía [burlesque]" que cierra el libro, es decir, mantenerse en el juego (recuérdese el "estaremos" con que se cierra la primera parte de *Pero no islas*). La elegía final sustituye la figura del mesías de la segunda parte por la efígie del ángel anunciador del fin de los días, estableciéndose una suerte de "ceniza y gangrena" en oposición a la gloriosa sangre y arena del torero frente a la certeza de la muerte que le brinda el toro. En este sentido, el ángel anuncia la suerte del aniquilamiento, que tan vivamente se solicitaba en la segunda parte del libro, como resultado de rechazar el poder de la voluntad; y la asunción de un "inconsolable cansancio" en calidad de promesa de lo inerte para obtener la recompensa de la vida.

Por todo esto, y a modo conclusivo, se puede considerar que *Pero no islas* configura una reescritura de la poesía simbolista, donde el proceso de simbolización no remite a una serie de imágenes subjetivas o intrasubjetivas, sino que se alude a la realidad más cercana y cotidiana del hombre corriente. De este modo, también se reconfigura la poética de la experiencia, alejándose Matías Escalera de los tópicos comunes de dicha poética, para acercar al lector una realidad sin estilizaciones en la que el hombre de a pie se enfrenta a un mundo hostil desde su propia asumida pasividad. En este marco conceptual y estético,

Matías escalera analiza las tendencias sociales, históricas y económicas que repercuten en el día a día de los tipos humanos que retrata en sus versos, desplegándose una poética del desconsuelo que se caracteriza por mostrar al lector la agonía del ser humano por alcanzar y agotar su humanidad en un mundo superficialmente aséptico, debido a la tecnificación del consumo y a la despiadada impersonalidad que existe actualmente a nivel sociológico y antropológico.

Finalmente, reconocer que *Pero no islas* propone un contrapunto con las estéticas

posrománticas, que tan denodadamente se esforzaban en brindar al lector la subjetividad del poeta, planteándose una estética materialista en la que la realidad que experimentamos por nosotros mismos y que conocemos a través de los medios de comunicación, es la materia con que se cincela el poema a través de un proceso de alegorización, en el que se pretende mostrar una imagen alternativa de la realidad, que diverge de la versión oficial de nuestro mundo, ofrecida en todos los canales comunicativos de la era digital.

Por José Andrés Calvo Rodríguez

HEIDEGGER, Martin

Pensamientos poéticos

Traducción de Alberto Ciria
Barcelona: Herder, 2010, 470 pp.

Cuando la editorial Herder, a la que tanto debemos por su contribución a la difusión en España de la obra de Martin Heidegger, me remitió el libro que ahora comentamos, lo calificó en la carta de remisión con el siguiente calificativo: "una joya poética". Y realmente lo es. Efectivamente, como los románticos, Heidegger reconoce en el lenguaje poético una forma privilegiada del lenguaje.

Pensamientos poéticos es una obra total que agrupa textos desde 1910 a 1975. Su primera parte abarca ese espacio temporal y se subdivide en "Poemas y Cartas tempranos e inéditos" y dos apartados más: "Pensamientos poéticos 1945-1946" y "Pensamientos poéticos 1972-1975". De esta sección transcribimos el poema final:

Atrévete al silencio	No titubees más
Aquieta la balanza	Agradece y medita
Escucha el de dónde	Aquieta la balanza
Silencia el adónde	Atrévete al silencio

La segunda parte, "Desde la experiencia del pensar (*Aus der Erfahrung des denkens*)", es el único fragmento que había sido publicado de forma muy somera con anterioridad en castellano, y en concreto en una edición bilingüe de Félix Duque con una serie de fotografías de "la cabaña", tomadas por el propio Duque, un glosario, imprescindible en toda traducción de Heidegger, y una correspondencia español-alemán de las palabras que aparecen en los dos textos (Abada, 2005). En 1945 las autoridades francesas de ocupación retiran la venia docente (hasta 1951) a Martin Heidegger. El filósofo tiene que dejar su cátedra y se refugia en su cabaña de Todtnauberg en la Selva Negra. Es allí donde escribe estos pequeños poemas que, tras su aparente levedad, resumen de forma excepcional sus planteamientos filosóficos. En la edición de Duque, que reúne tan sólo doce poemas, frente al número ingente de la edición que hoy comentamos, las composiciones

comienzan, salvo en algún caso, con un doble verso en redonda que empieza por "cuando", seguido de varios más en cursiva. Un ejemplo ilustrará ese planteamiento:

Cuando la temprana luz matinal medra
silente sobre los montes...
*El oscurecimiento del mundo nunca llega a
la luz del eseyer¹.*
*Venimos demasiado tarde para los dioses
y demasiado pronto para el eseyer: cuyo
iniciado poema es el hombre.*
Encaminarse a una estrella, sólo eso.
Pensar es restringirse a un solo pensamiento.
Alzado una vez, fijo,
como una estrella en el cielo del mundo.

En *Pensamientos poéticos* hay nada menos que dieciséis secciones en esta segunda

¹ Ser (arcaísmo) según María Moliner. No RAE. La aclaración es nuestra.

parte: "Camino a casa", "El anillo de la diferencia del ser", "Viraje", "Entonces estamos a cubierto", "Año: *voló ut sis*", "Sonata sonans", "Llegada", "Señas", "Papeletas con anotaciones sobre "Señas"", "Comienzo que hace propio e inicio en el acontecimiento de hacer apropiado "de la libertad desasida", "Desde el taller", "La cabaña al anochecer", "Píndaro", "Istmicas V, 1-16", "Ἡρακλειτος Ὁ Σκοτεινος", "Surcos" y "Si de las mercedes retiradas/Tan sólo me recayera". Reproducimos tan sólo un breve poema que nos remite a la concepción heideggeriana de ser-para-la muerte:

Pero qué lejana está aún,
incluso en la cercanía,
la muerte.

En la tercera parte, la sección inicial, "Pensamientos poéticos para el legado de un pensar", se ve completada con una segunda "Pensamientos poéticos. Versión nueva

y *ampliada*". Copiamos el poema titulado "Transformación del dictado enunciativo":

No en proposiciones:
sólo *desde* lo no dicho
y largamente pensado
y bien guardado
puedes osar quizá
decir
lo que indica el camino.

La cuarta y última parte se titula "Textos sueltos". Se trata de un conjunto misceláneo en el que Heidegger no duda en utilizar textos griegos, como en *Píticas VIII*, 92 ss. Muchos de los poemas están dedicados. Seleccionamos el titulado "Legado de la pregunta por el ser. Caminos y puestos":

Mantén separados:
los caminos del pensar
de todo procedimiento del posicionar.
Entre procedimiento y camino
se abre un abismo

que rehúsa todo puente.
lo propio del ser:
ni siquiera desigual a lo ente.

Es obvio que Heidegger es mucho más filósofo que poeta. Por esto la importancia de sus poemas está en el fondo, no en la forma. Su expresión poética es sencilla pero rotunda.

El volumen concluye con un Apéndice: "El Epílogo de la editora, Paola-Ludovika Coriando", y Notas del traductor.

Libro apasionante estos *Pensamientos poéticos* de Martin Heidegger que puede leerse de mil formas: todo seguido o rebuscando en su índice y dejándose llevar por los títulos de los poemas. De cualquier forma, leerlo entero es un deleite para los amantes de la poesía, el lenguaje y la filosofía.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
Instituto de Filosofía, CSIC

VIRTANEN, Ricardo

Sol de hogueras

Sevilla: Renacimiento, 2010, pp. 59

Hasta setenta haikus reúne *Sol de hogueras* en sus cuatro secciones: De natura, De animalibus, De persona y De profundis. Hay, dentro del segundo apartado, un grupo de haikus (XXXV a XLII) que tienen como protagonistas a las moscas, las mismas que se asentaban en la calva infantil de Antonio Machado. Excelente el que hace el número XL:

Sólo las moscas
no diferencian entre
muertos y vivos.

El poemario es un canto a la naturaleza, a la belleza y a la sencillez, de ahí la elección de haiku como forma de expresión. Esta característica aparece ya en el fundador de la escuela Matsuo Basho, así como su metro silábico: cinco, siete y cinco sílabas en castellano y en las lenguas occidentales y diecisiete moras (5/7/5) en el lenguaje silábico japonés. No es nuestro poeta el primero, ni será el último en utilizar este tipo de estrofa en castellano: Borges y Benedetti, lo han hecho, por citar a los

más ilustres, pero sus cultivadores son muy numerosos.

Ricardo Virtanen (Madrid, 1964) comenzó su andadura poética en el año 2005 con *Notas a pie de página* y el pliego *Epitafios* y la continuó en años posteriores con cuadernos de aforismos, *Pompas y circunstancias* (2008) y varios poemarios más.

Sol de hogueras es, como ya se ha dicho un prodigio de sencillez y de belleza, una

mirada al mundo, al hombre y a las cosas, un describir la esencia en una simple frase. Cada sección lleva una acertada cita: De natura de Issa Kabayashi; De animalibus, de Taigi; De persona, de Taneda Santóka y De profundis de Hölderlin, "Das Leben ist zum Tode nicht erkoren" (La vida no está destinada a la muerte). El poema resume la vida como voluntad de permanecer, pero aunque su destino no es ese, la muerte llega inevitable. Como final veamos cuatro ejemplos de poemas, uno de cada sección:

XVII

Mientras espero,
la corriente de río
se lleva el día.

XXIV

Cuando la miras,
vuela para tus ojos
la mariposa.

LIV

Tendría al fin
que morirse el cerezo
Para olvidarla.

LXX

No hay día ni hora
que no cante el silencio.
Sombras de luna.

Bello librito que se lee de un tirón en el que se conjugan el buen hacer del autor y el del editor, el poeta Abelardo Linares, alma y vida de editorial sevillana Renacimiento.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
Instituto de Filosofía, CSIC

George Steiner en *The New Yorker*

Edición de Robert Boyers. Traducción de María Condor

Madrid: Siruela, 2009, 391pp.

(El ojo del Tiempo, 39)

Siruela, editora habitual de la obra de George Steiner (París, 1929), Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 2001, nos ofrece ahora una obra singular: la recopilación de algunos de sus artículos (veintiocho, publicó más de ciento cincuenta), aparecidos en *The New Yorker*. La selección, un excelente trabajo de Robert Boyers, ha sido realizada temáticamente: I. Historia y política: Anthony Blunt, Weber y Viena, Solzhenitsin, Graham. Greene, Albert Speer y Ariès y la nueva historia francesa; II. Escritores y escritura: Salvatore Satta, George Orwell, Karl Kraus y Thomas Bernhard, Bertolt Brecht, Robert M. Pirsig, Guy Davenport, John Barth, Jorge Luis Borges, Samuel Beckett, Alexander Solzhenitsin y otros rusos, y Louis Ferdinand Céline; III. Pensadores: Walter Benjamin y Gershom Scholem, Simone Weil, Claude Lévi-Strauss, E. M. Cioran, Bertrand Russell, Elias Canetti, Arthur

Koestler, y Noam Chomsky; y IV. Estudios biográficos: Sobre el ajedrez, James Murray y el *Oxford English*, y Robert Hutchins y la Universidad de Chicago. Completa la edición un Apéndice donde se relacionan todos los artículos de Steiner publicados en *The New Yorker*.

Estamos en presencia de un libro excelente que puede, evidentemente, leerse de corrido, pero también, y ahí la grandeza de la selección, leerse de forma salteada, buscando aquellos tópicos y autores de nuestro gusto. Se coincida o no, cosa que suele suceder, con las valoraciones de Steiner, nada hay que no sea de interés. Es más, si algo hay que valorar en el comentarista es su extraordinaria cultura, su capacidad lingüística, y su independencia, el no adscribirse a ninguna escuela, algo que algunos han criticado. Otro aspecto fundamental de Steiner es que enfrenta-

do con un autor canónico, del que aparentemente se ha dicho casi todo, sabe encontrar y exponer planteamientos nuevos, situándolo en un contexto histórico, descubriendo sus antecedentes literarios y de pensamiento. Robert Boyers, en su introducción, pone especial énfasis y toma como ejemplo la figura de Brecht al que sitúa "dentro del marco político, ético y religioso esencial". Y añade: "Por supuesto, un escritor de la quisquillosa independencia y el empuje de Steiner ha sido fácil de caricaturizar. Sus esfuerzos por distinguirlo mejor de lo óptimo siguen suscitando el epíteto 'elitista' y su continua inversión en obras maestras ha inducido a algunos críticos a describirlo como 'un museo de monumentos europeos'". Algo, añadimos nosotros, imperdonable para la intelectualidad norteamericana. Ni que decir tiene, que este volumen viene a mostrar lo contrario.

No quiero, y ésta es una apreciación personal, concluir esta reseña sin señalar que algunos artículos me han interesado, por razones estrictamente personales, de forma especial: los que dedica a Borges, Beckett, y a la "biografía" del ajedrez. Steiner da comienzo a este artículo con la siguiente frase: "Hay tres ocupaciones intelectuales [...] en las que los seres humanos han realizado grandes hazañas antes de la edad de la pubertad. Son la música, las matemáticas y el ajedrez". Y pone como ejemplos a Mozart, Gauss y Paul Morphy. El crítico llega a dos interesantes explicaciones: el niño músico, matemático o ajedrecista es adulto únicamente en dichas disciplinas y se comporta como un niño, en todas las demás. Es un adulto parcial, accidental, que ha desarrollado una extraordinaria capacidad de aquello que identifica a las tres disciplinas: que estamos en presencia de actos dinámicos de localización. El niño "sabio", al igual que el adulto experto, llega a las soluciones respectivas "por medio de una reordenación secuencial de unidades individuales y grupos de unidades". No me parece adecuado seguir. Si he puesto este ejemplo es para mostrar la notable sabiduría de Steiner.

Sobre Borges: Tigres en el espejo, un artículo fechado en 1970, Steiner cifra el imparable éxito popular de Borges en 1961. Algunas afirmaciones son originales y motivo de honda reflexión: "En cierto sentido, el director de la Biblioteca Nacional de Argentina es ahora el más original de los escritores angloamericanos", esta extraterritorialidad de Borges subyuga a Steiner; señala luego el crítico "las graves grietas" en el edificio borgiano. Sólo en una ocasión, "Emma Zunz" ha creado Borges una mujer creíble, la visión de "el otro" como

contrincante en un duelo, el espacio de acción es mítico y nunca social. Repasa luego una serie de obras de Borges que considera fundamentales: *El libro de los seres imaginarios*; el relato *La intrusa*, *Pierre Menard*, *La biblioteca de Babel*, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, *La búsqueda de Averroes*, *El Aleph*. La literatura de Borges, nos dice, es un soñar "contra el mundo". Y concluye: "Todos estos sueños son, inalienablemente de Borges. Pero somos nosotros quienes despertamos de ellos, acrecentados".

A Samuel Beckett, *Del matiz y el escrúpulo* (1968) Steiner lo contrapone a Henry James. Da comienzo a su análisis con su aprendizaje como secretario de Joyce, sus primeros artículos, sus primeros versos y como sus cercanas atracciones: Joyce y Proust son las primeras que abandona. En Beckett, señala, hay una *reductio* del lenguaje que culminará en 1957 en *Acto sin palabras*. Pero esa estética monocroma y silenciosa no tiene que ver con Beckett que posee una formidable elocuencia inversa. Hay fugas de diálogo en *Esperando a Godot*, por más que diálogo no sea la palabra adecuada. El crítico concluye señalando como W. H. Auden al rendirle homenaje póstumo le definió como "Maestro del matiz y del escrúpulo".

Dentro del Apartado III dedicado a Pensadores sólo he de referirme a dos artículos, pues un análisis de todos haría esta crítica interminable. El primero, titulado "El amigo de un amigo" y fechado en 1990 narra la relación entre Scholem y Benjamin. Da inicio a la reflexión una serie de consideraciones sobre la erudición de primer orden, tan rara como el arte o la poesía excelsos. Requiere una memoria capaz pero minuciosamente precisa, una extraordinaria concentración,

finura y una especie de piadoso escepticismo en el manejo de testimonios y fuentes, así como claridad de presentación. Todos estos requisitos definidos por Steiner conflúan en Scholem, y en sus extraordinarios estudios sobre la Cábala. Su amistad con Benjamin se inició en 1915 y pese a su diferencia de edad, cinco años, notable en la época juvenil. Esa amistad se convirtió tanto en leyenda como en investigación erudita. A pesar de sus coincidencias, las diferencias entre los dos eran mordaces, aunque su interés mutuo por el sionismo fue un poderoso lazo entre ellos. Luego la vida les separó. Scholem se fue a Jerusalén en 1923 y murió entre honores en 1982. La trágica muerte de Benjamin es bien conocida.

El siguiente artículo, "Un mal viernes", fechado en 1992, nos habla de Simone Weil. Steiner repasa la trágica vida de la filósofa, sus bandazos ideológicos. Nos dice: "El precio que Simone Weil pagó por destacar estuvo cerca de ser totalmente insostenible. Consumió su salud hasta una muerte prematura deseada. Habitó en su cuerpo como si fuera un tugurio condenado". Y concluye: Simone Weil fue, indudablemente, la primera mujer entre los filósofos. Fue también una trascendental perdedora nata (*schlemiel*).

Podríamos seguir escribiendo o transcribiendo página tras página, comentado todos y cada uno de los artículos. Pero no somos nosotros, sino los lectores los que deben sumergirse en esta obra. En pocos casos un libro es tan recomendable como el que hoy reseñamos.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
Instituto de Filosofía, CSIC

HEIDEGGER, Martin

Die kunst und der raum. El arte y el espacio

Traducción de Jesús Adrián Escudero

Barcelona: Herder, 2009, 45 pp.

Martin Heidegger y Eduardo Chillida se conocieron en 1968 en uno de los encuentros organizados por la galería Erker de St. Gallen (Alemania). Su amistad intelectual recién comenzada dio lugar a una colaboración artístico-filosófica. En otoño de 1969 nuestro filósofo publica el libro que nos ocupa en una edición limitada para bibliófilos de 150 ejemplares. La edición incluía el manuscrito de Heidegger en litografía, un disco con la grabación del texto leído por nuestro autor y siete *litho-collages* del escultor vasco.

La edición actual se limita al texto bilingüe acompañado de unas aclaraciones finales, una excelente bibliografía y una serie de notas explicativas.

Dedicado a Chillida, la obra se inicia con dos citas: la primera de G. Chr. Lichtenberg (Einfälle und Bemerkungen. Cuaderno J, 1789-1793, n.º 424 en Lichtenbers Werke in einem Band, Weimar y Berlín, 1982, p. 131); y la segunda, extraída de la *Física* de Aristóteles. El texto heideggeriano, fiel a los planteamientos de su autor es una profunda y permanente interrogación so-

bre el arte, el espacio y el juego recíproco de ambos.

El hombre, con el arte, irrumpe en el espacio. Las artes figurativas ¿entra en colisión con el espacio? ¿El espacio es el mismo después de la irrupción de la obra de arte? ¿Subsiste el espacio como vacío entre los volúmenes? ¿Se adueña la plástica del espacio? ¿Es la plástica una dominación del espacio? Todas estas interrogantes, y algunas más, las plantea Heidegger en los primeros párrafos de su estudio y las va dando respuestas en su parte final.

El espaciar aporta lo libre para un asentamiento y un hábitat del hombre. El arte como plástica: no una toma de posesión del espacio. La plástica no sería una confrontación con el espacio. Lo que denominamos "volumen" debería perder su nombre.

No podía faltar una reflexión sobre el vacío. Para nuestro filósofo, en la medida en que el vacío está hermanado con el carácter peculiar del lugar, no es un echar en falta, sino un producir. El vacío no es nada, tampoco una falta. En la corporeización

plástica el vacío juega a la manera de un instituir que busca y proyecta lugares.

En este sentido, la plástica sería "la corporeización de la verdad del ser en la obra que instaure lugares". El estudio concluye con una cita de Goethe: "No es siempre necesario que lo verdadero tome cuerpo; basta con que se expanda espiritualmente y provoque armonía; al igual que el son de las campanas, basta con que se agite por los aires con solemne jovialidad (Máximas y reflexiones)".

Una vez más, la editorial Herder nos ofrece una obra singular del filósofo alemán. Da continuidad así al proceso iniciado con *El concepto del tiempo, Camino del campo, De la esencia de la verdad, ¿Qué es la filosofía?, La idea de la filosofía y el problema de la concepción del mundo* y el excelente "diccionario terminológico" *El lenguaje de Heidegger*, obra del traductor de este volumen, que tuvimos ocasión de reseñar con anterioridad. Labor esta de la editorial Herder tan necesaria como encomiable.

Por **Alberto Sánchez Álvarez-Insúa**
Instituto de Filosofía, CSIC

BROWNE, Janet

La historia de El origen de las especies de Charles Darwin

**Traducción de Ricardo García Pérez
Barcelona: Debate, 2007, 187 pp.**

En 2009 se celebró, con gran pompa internacional, el bicentenario del nacimiento del célebre viajero y naturalista Charles Darwin (1809-1882). Como si la propia naturaleza dejara ver la acción de sus leyes, la fecha también coincidía con la celebración de los 150 años desde que por primera vez se dio a la estampa el libro científico que, con seguridad, cambió la historia del conocimiento sobre el hombre y su historia: *El origen de las especies* (Londres, 1859). La organización de reuniones científicas, publicaciones de libros, artículos, reediciones y todo tipo de actividades relacionadas con la vida y obra de Darwin fue abrumadora.

Janet Browne, historiadora de la ciencia de la Universidad de Harvard, es una de las más importantes especialistas en el estudio de la obra del sabio naturalista inglés. Ha sido editora de su correspondencia y últimamente ha realizado uno de los trabajos biográficos más completos publicado en dos volúmenes titulados *Charles Darwin. Voyaging* (vol. 1, London, 1995) y *Charles Darwin. The Power of Place* (vol. 2, London, 2002)¹.

La obra que ahora nos ofrece, *La historia de El origen de las especies de Charles Darwin*, es un aporte en una doble dimensión. Por

una parte viene a profundizar (si cabe aun más) el estudio que lleva realizando hace más de 20 años sobre la figura y la obra de Darwin. En segundo lugar, también pasa a engrosar la aplastante cantidad de iniciativas editoriales que se han desarrollado con motivo de las conmemoraciones sobre el nacimiento del naturalista y la publicación de la obra que lo llevó a tener un sitio privilegiado en los anales de la historia occidental.

Aunque sin marginar el análisis de las teorías propuestas en *El origen de las especies*, Browne se distancia de este clásico acercamiento y se introduce especialmente en dos elementos que a simple vista parecen diversos, pero que la autora trata como parte de una misma coherencia: la experiencia personal de Darwin (cómo fue convirtiéndose en naturalista) y los valores económicos y políticos de las clases medias de la época que influyeron en el proceso de elaboración de la obra. Es una síntesis crítica que traspasa el análisis de los acontecimientos relacionados directamente con la publicación del libro, pues la valoración de la actuación de Darwin y la influencia de sus ideas, lleva a la autora a analizar los actuales debates desarrollados en Estados Unidos sobre el tema.

El estudio se encuentra organizado en cinco apartados bien definidos ("Los comienzos"; "Una teoría sobre la cual trabajar"; "La publicación"; "La controversia"; "El legado"). En su mirada de larga duración, Browne comienza reconociendo que *El origen de las especies* es uno de los libros científicos más importantes que se haya

escrito y que su historia comenzó mucho antes que fuera publicado ("Los comienzos"). Según la autora, el libro de Darwin no se ajusta a los atributos que hoy consideramos debe poseer un libro científico, pues "está escrito con un estilo maravillosamente personal. No incluye gráficas ni fórmulas, no hay referencia alguna a cifras envueltas en la bata blanca de un laboratorio, ni tampoco lenguaje especializado" (p. 13).

Por tanto, el análisis de la dimensión personal de Darwin es uno de los puntos de arranque para comprender la historia de *El origen de las especies*. La autora explica que la influencia de sus abuelos fue importante porque ambos contribuyeron en gran medida al florecimiento intelectual inglés en el siglo XVIII. Erasmus Darwin, fue poeta, médico y precoz evolucionista. El otro abuelo, Josiah Wedgwood, fue un famoso alfarero y ceramista conocido por el desarrollo de un material nuevo conocido como "la cerámica de la reina".

La personalidad de Darwin, tal como nos muestra Browne, lo llevaba a evitar participar en cualquier actuación o debate público. Prefería mantenerse en su jardín en Kent y llevar una vida familiar de campesino, escribiendo cartas, compartiendo con amigos y realizando experimentos de historia natural. Browne hace notar que Darwin en su *Autobiografía* afirmó que le satisfacía la idea de ser un párroco rural.

En esta "prehistoria" de *El origen de las especies* la autora describe la importante influencia para el despertar científico de

¹ Recientemente ambos volúmenes han sido traducidos al español y publicados por iniciativa de la Universidad de Valencia (PUV). Janet Browne (2008), Charles Darwin. El viaje, Valencia: Publicacions de la Universitat de València; (2009) Charles Darwin. El poder del lugar, Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

Darwin su paso por las universidades de Edimburgo y por Cambridge. Para la autora, los logros del sabio nacido en Shresbury pueden caracterizarse como una mezcla de las ideas que recogió en ambos centros académicos.

Pero el gran salto lo realizó en Cambridge, pues ahí "Darwin ingresó en la élite social y en el entorno intelectual en que viviría durante el resto de sus días, y las amistades que trabó allí demostraron ser duraderas" además de ser el lugar que le dio las oportunidades futuras con el viaje del *Beagle*. Como la propia autora observa: "Quizá todos aquellos incidentes y avances despreocupados de la juventud habrían quedado en nada si Darwin no se hubiera embarcado en aquella travesía marítima que transformó su vida" (p. 28).

Browne le otorga mucha importancia a la vivencia personal de Darwin durante este viaje, pues lo llevaron a vivir una importante "transformación vocacional" (de querer ser un párroco rural a naturalista). Los mayores intereses de Darwin durante el viaje fueron los relacionados con los aspectos geológicos de los lugares que recorría. Antes de partir había quedado maravillado por el rechazo a la autoridad bíblica como fuente de explicación geológica que Charles Lyell realizó en sus *Principles of Geology* (1830-1833, 3 vols.). Tal es la influencia que la autora otorga al viaje en el *Beagle* y a las ideas de Lyell en el itinerario personal de Darwin que llega a observar que "sin Lyell, jamás habría existido ningún Darwin" (p. 42).

Con muchas ideas y material que había recopilado en el viaje, Darwin percibe a su regreso a Londres en 1836 como la ciudad había cambiado. Todo era progreso, todo apuntaba a la realización de cambios, tanto que, al propio Darwin, "le parecía que él también estaba cambiando". Este fue el

lugar y los años claves para comprender la conformación del pensamiento sobre el origen de las especies.

Browne describe cómo Darwin en unas libretas personales (a las que designó con letras específicas) construía teorías que se prolongaban hasta donde la imaginación le permitiera. Desde un inicio buscaba la manera de explicar el modo en que los animales podían cambiar. Esta intención de Darwin adquirió consistencia cuando leyó el *Ensayo sobre el principio de la población* (1798) de Thomas Malthus en el que se explicaba cómo la población humana busca el equilibrio con los medios que dispone para sobrevivir. El concepto clave que maravilló a Darwin era el de competencia (la idea de que en la naturaleza se desata una guerra por la existencia aparece en su Libreta D) con lo cual ya tenía la esencia de las ideas que posteriormente plantearía en *El origen de las especies* ("Una teoría sobre la cual trabajar").

Uno de los puntos más interesantes de este apartado es la descripción que Browne nos hace de las tribulaciones que vivió Darwin antes de publicar su obra en 1859. Según la autora, desde un inicio, Darwin guardó silencio sobre las teorías que desarrollaba, las que sólo comentaba a sus amigos más cercanos como Lyell. En 1844 redacta un ensayo privado sobre la evolución que no publicó, pues no se sentía seguro de cómo sería recibido. No obstante, la publicación de un libro escrito por el escocés Robert Chambers titulado los *Vestiges of the Natural History of Creation* (1844), que encolerizó a los teólogos de la época ampliando los debates sobre la evolución, le entregó una razón para no publicar el suyo. Este fue un acontecimiento que, según la autora, supuso un extraordinario golpe emocional para Darwin del cual le costó reponerse. No obstante, le dio más herramientas para ir puliendo su propia teoría y evitar los

errores que aparecían en los *Vestiges...* de Chambers.

En este sentido, el problema para Darwin era la elevada tasa de variabilidad presente en las especies de la naturaleza. En un amplio programa que abarcó los siguientes 15 años, Darwin se enfocó en encontrar experiencias que apoyaran su teoría. Para ello fue muy importante para el desarrollo de su pensamiento evolucionista sus investigaciones sobre los "percebes". Browne observa que los historiadores no han prestado la atención debida a la importancia que representó para Darwin los experimentos con los percebes (que le llevaron ocho años). Sin embargo, según la autora, lo que el naturalista inglés averiguó con su estudio le llevó a realizar cambios importantes en su interpretación de la biología reforzando "su creencia en la evolución" dándole un telón de fondo fundamental para *El origen de las especies* (pp. 62-63).

La autora describe cómo este estudio fue clave para entregarle la seguridad personal que Darwin necesitaba para redactar su teoría y publicarla. Sin embargo, volvió a sufrir otra fuerte convulsión emocional cuando el naturalista Alfred Russel Wallace se le adelantaba (tal como lo había hecho Chambers) con su ensayo sobre la teoría de la selección natural que le envió en junio de 1858. El ensayo de Russel presentaba coincidencias tan notables con las ideas de Darwin que quedó nuevamente desesperado.

En la opinión de Browne, este hecho fue fundamental en la concreción de sus teorías, pues lo impulsó a escribir con decisión *El origen de las especies* ("La publicación"). En este sentido, resulta muy atractivo el análisis realizado por la autora de este desengaño sufrido por Darwin, pues pone énfasis en la dimensión social del problema. Describe como las convenciones cien-

tíficas de la época y el honor entre caballeros obligaban a que Darwin le entregara a Wallace todo el reconocimiento como autor de la teoría. No obstante, la autora relata como Lyell y Hooker impulsaron a Darwin a que no renunciara a su derecho de ser el creador de la teoría sobre el origen y los cambios en las especies. Para ello le propusieron que ambos –Darwin y Wallace– enviaran sus respectivos ensayos para publicarse, compartiendo el derecho de ser los primeros en realizar el descubrimiento de la teoría. El anuncio se realizó en 1858 en una reunión de la Linnean Society de Londres que era la principal sociedad científica de historia natural de Gran Bretaña. Según Browne, el encuentro personal entre Darwin y Wallace en la Linnean Society fue capital, pues tuvo una consecuencia inmediata. El hecho de que la teoría adquiriera una completa visibilidad pública catapultó a Darwin a escribir *El origen de las especies* (p. 76).

A pesar de lo que comúnmente se piensa, como muestra Browne, la obra de Darwin nunca se propuso ir contra la autoridad de Dios en la explicación de "el gran árbol de la vida". No quería aparentar ser demasiado revolucionario ni atacar las creencias de los fieles. Siempre se mostró prudente y respetuoso cual espejo de la timidez personal que mostraba en las relaciones personales. Fruto de esto, Darwin guardó deliberadamente silencio sobre dos aspectos capitales: a.) el problema del origen del ser humano y, b.) la existencia de la presencia divina en el mundo natural (p. 87).

A pesar de esto, y como es bien sabido, la publicación de *El origen de las especies* desató reacciones casi inmediatas que rápidamente se extendieron fuera de las fronteras de Gran Bretaña ("La controversia"). El escándalo no se suscitó solamente por cuestiones teológicas o científicas. Uno de los momentos más relevantes del libro

son los pasajes en que la autora muestra como las polémicas generadas alrededor de la obra de Darwin tuvieron una fuerte dimensión social y política. Esto, pues la "reacción de muchos creyentes respetables de clase media fue rechazar la evolución porque amenazaba el papel de la Iglesia en la salvaguarda de la estabilidad moral y social de la nación" (p. 97).

En este sentido, otro elemento a destacar del libro de Browne es como reconstruye una arista de la polémica relacionada con los mecanismos de defensa que tuvo Darwin. En este momento de la historia de *El origen de las especies*, al igual como fue en el inicio, el factor personal fue la clave. Aquí lo interesante es que los aspectos personales y la dimensión social de las polémicas, adquieren una completa correspondencia en el relato que Browne nos ofrece. Alrededor de Darwin se articuló toda una "red" de estudiosos que actuarían como escudo frente al azote de sus críticos (recordemos que según Browne, Darwin odiaba las tensiones de las disputas públicas). En el núcleo de esta red, y a pesar de ver fisuras en el razonamiento de Darwin, estarían sus cuatro grandes amigos: Charles Lyell, Joseph Hooker, Asa Gray y Thomas Henry Huxley. Permanecieron unidos, aglutinando cada uno a sus respectivos discípulos y seguidores, "y se enzarzaron en batallas individualizadas en defensa de Darwin".

Este mecanismo de defensa en favor de Darwin representa todo un valor para Browne, pues provocó que el debate fundamental sobre la teoría de las especies se ensanchara y avanzara por otros caminos. La diversificación de los temas y la inclusión de otros personajes provocaron que, como señala la autora, se dieran transformaciones fundamentales en las actitudes culturales y el pensamiento científico de la época (p. 100).

Siguiendo el análisis de las implicaciones extra-científicas que tuvieron las (diversas) polémicas posteriores a la publicación de la obra de Darwin, el libro de Browne muestra cómo un ámbito de la teoría darwinista afectaba directamente a la sociedad. En efecto, la autora se introduce en los problemas que rodearon el surgimiento del llamado "darwinismo social". Los conceptos de nación y raza cruzaban sus historias y la idea de "la supervivencia de los más aptos" despertaba mucho entusiasmo entre las élites políticas. Este era el argumento ideal para la expansión económica de las naciones desarrolladas y la colonización. La autora relata que era habitual utilizar *El origen de las especies* para legitimar la competencia existente durante el período del capitalismo victoriano de libre empresa (p. 116).

Todo lo anterior se mezcló rápidamente con otras ideologías imperialistas y eugenésicas que estaban en alza. Browne explica que por estas razones, y a pesar de todo el éxito editorial de la obra de Darwin, su influencia científica no estaba garantizada. La aparición de nuevas áreas en las ciencias biológicas con técnicas más avanzadas ponían en riesgo las teorías darwinistas ("El legado").

Para entender los riesgos a que se enfrentaba la supervivencia de la obra de Darwin, Browne estudia el proceso de apropiación y deformación del darwinismo por otras teorías evolucionistas tras la publicación, las que llegaron a dejar casi irreconocible la teoría inicial de la selección natural (p. 130). Ejemplo de esta situación son los cambios introducidos por Wallace y Kropotkin. El primero pasó de los aspectos competitivos de la biología darwiniana (darwinismo social) al socialismo utópico. El segundo, con la publicación de su obra *El apoyo mutuo* (1902), transformó por completo la idea de competitividad existente al

interior de la tesis darwinista proponiendo que la fuerza motriz de la evolución era la cooperación. De igual manera, para reconstruir la historia de la vida de la Tierra se optó por utilizar caminos alternativos a la evolución darwiniana. Se desecharon las respuestas que se basaban en ideas biológicas como lo hacía el darwinismo inicial fruto de los importantes descubrimientos que la paleontología había realizado a fines del siglo XIX.

Browne explica que en la década de 1940 el darwinismo es revalorado luego de que se realizara una nueva síntesis de las ideas del sabio inglés. Para explicar la casi desaparición de la influencia del darwinismo, la autora muestra como a principios del siglo XX gran parte del mundo desarrollado quedó sumergido en sistemas de pensamiento eugenésicos y hereditarios a gran escala (tras la irrupción de los descubrimientos de Mendel cuyo hito más importante fue el I Congreso Internacional de Eugenesia celebrado en Londres en 1912). La relajación de los valores morales y el declive de las "aptitudes biológicas de la nación" llevaron a que la eugenesia se con-

virtiese en movimientos políticos de relevancia a inicios del siglo XX extendiéndose por Europa y América.

Con todo, posteriormente en la década de los 60' y 70', tal como observa la autora, la historia de *El origen de las especies* sigue escribiéndose. Durante esas décadas se han continuado realizando nuevas síntesis sobre el pensamiento biológico y las tesis evolucionistas con la participación de nuevos partidarios de las tesis creacionistas y antidarwinistas. En la actualidad, observa Browne, acalorados debates rodean la enseñanza en Estados Unidos sobre las nuevas teorías creacionistas y el evolucionismo, cuyo nuevo debate se sumerge en una alternativa al darwinismo: el "diseño inteligente". Retrotrayéndonos a la introducción del libro y citando nuevamente a la autora: "En muchos aspectos, su historia –la de *El origen de las especies*– es la historia del mundo moderno" (p. 14).

En último término, la tesis del libro que Browne nos entrega sería la explicación de cómo una obra –la de Darwin– traspasó con creces los límites temporales y los

debates científicos, sociales y políticos relacionados con su publicación. No sólo nos ofrece un estudio que describe las variables intelectuales y científicas que rodearon la elaboración y el impacto de la obra más trascendente de Charles Darwin. La autora, de manera coherente y con un brillante manejo de acontecimientos y actores, nos introduce por los itinerarios extracientíficos que modelaron el pensamiento evolucionista del sabio naturalista inglés. Una historia que traspasa lo meramente lineal y acumulativo convirtiéndose en un relato *espiral* y abierto en su argumento. En síntesis, una obra de referencia no sólo para los estudiosos de la obra de Darwin, sino para todos los investigadores e historiadores que buscan develar las diferentes y discretas alianzas entre vida personal, ciencia, sociedad y política.

Por Francisco Orrego González*

* Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Diploma de Estudios Avanzados (DEA), Departamento de Historia Moderna, Universidad Complutense de Madrid. Correo electrónico: orregofco@gmail.com.

FRIEDERICH-STEGMANN, Hiltrud (ed.)

Christian August Fischer. Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz

Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2007

En los últimos años han sido rescatadas las obras de varios viajeros alemanes que vinieron a España a finales del siglo XVIII o durante el siglo XIX. Con traducciones al español y amplias introducciones que sitúan las obras en su contexto histórico, se ponen a la disposición del lector de habla hispana estos textos que suelen

ofrecer una visión interesante de la España de entonces.

Uno de estos viajeros redescubiertos recientemente es el autor sajón Christian August Fischer (1771-1829) que emprendió un viaje por España en los años 1797 y 1798. En lo que respecta a los estudios

científicos realizados sobre este país, Fischer fue un precursor importante, cuyas publicaciones resultantes de este viaje fueron consultadas y citadas posteriormente por numerosos viajeros, tanto por alemanes como por los procedentes de otros países, debido a su rápida traducción. Según las pautas de la época, con su primera obra

española *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz*, publicado en el año 1799, Fischer nos presenta un cuadro general sobre España, enmarcado en una descripción de su viaje por este país, en el que se abordan los aspectos más diversos de la realidad española. Se trata de una descripción más bien impresionista del país, salpicada de comentarios entusiastas del paisaje y aderezada con la rica mención de escenas callejeras y las costumbres de la gente, lo que el propio Fischer concibió como complementario a la publicación de Jean-François de Bourgoing.

Además de esta obra, el autor profundizó en el estudio de dos regiones de España, dedicándoles a cada una de ellas un trabajo detallado: primero, uno a la región de Madrid (*Cuadro de Madrid*, 1802), donde también trata la situación de la ciencia española y, a continuación, un segundo dedicado a la región de Valencia (*Cuadro de Valencia*, 1803-1809), que fue publicado con una traducción al español en 2008. Aparte de estos tratados científicos, que aportan de una manera sistemática y detallada una gran cantidad de información, a este autor también le debemos una descripción general sobre lo que significaba viajar por España en su época, publicada en 1799 como "Apéndice sobre la manera de viajar por España" en la revista *Allgemeine geographische Ephemeriden*. Se trata de un documento instructivo y revelador, por demostrar las condiciones de viaje en ese

tiempo, antes de que se iniciara ya en el nuevo siglo la gran ola de viajes y de grandes cambios en este país (por ejemplo, debido al desarrollo de los nuevos medios de transporte como el ferrocarril) y, además, por defender a España contra la imagen negativa imperante en aquella época.

La reciente edición de la obra *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz*, de Hiltrud Friederich-Stegmann, contiene una traducción del texto al castellano, realizada por la propia editora, precedido por un interesante estudio introductorio. Este estudio revela el gran conocimiento que tiene Friederich-Stegmann de la persona y la obra de Fischer así como del contexto histórico, es decir, las descripciones de la España coetánea, las fuentes de inspiración de este autor, y los autores que posteriormente se referirán a sus escritos. Precisamente la obra en cuestión alcanzó una gran repercusión en la Europa de la época, despertó en muchos lectores el deseo de visitar España y logró ser traducida en poco tiempo a cinco idiomas (sueco, neerlandés, francés, inglés y danés). Está redactada en forma de cuarenta y cinco cartas, de las que la carta número treinta y tres ofrece una amplia lista, en la que Fischer presenta y comenta brevemente las más destacadas publicaciones que se habían editado en España en ese momento en las diferentes áreas de conocimiento, con lo que el autor muestra que estaba al corriente de la actividad científica de este

país. Al final de la publicación, a continuación de las cartas, se presenta como documento adicional el ya mencionado "Apéndice sobre la manera de viajar por España".

La introducción de Friederich-Stegmann pone el viaje y las aportaciones de Fischer en su contexto histórico, ilustra con varios ejemplos la repercusión que experimentó entre sus colegas coetáneos y, con la ayuda de citas de la propia obra, logra despertar la curiosidad por conocer más detalladamente las descripciones de Fischer. Esta edición además ofrece a continuación una amplia bibliografía con las publicaciones de Fischer sobre España, otros libros de viaje citados, así como la literatura secundaria, además de un índice onomástico y un índice toponímico, lo que le añade valor a esta edición para el mundo académico.

En resumen, con esta publicación la editora hace accesible al lector español una valiosa descripción de la España de finales del siglo XVIII que, debido a su gran repercusión y el momento temprano en la que fue editada, tuvo en su época un significado para la difusión de conocimientos sobre este país. Así mismo, hoy día aún constituye un importante documento histórico para la construcción de la imagen de España en el exterior.

Por **Sandra Rebok**. CSIC